

# Ejercer el destino. Acercamiento al proceso de formación de los ejecutantes de son arribeño



**E**ste trabajo es resultado de un proyecto de investigación iniciado en febrero de 2008, y que forma parte de la tesis: “Ejerciendo el destino. El son arribeño en Xichú, Guanajuato”. En su desarrollo me sirvieron de guía las propuestas de Gonzalo Camacho, quien enuncia que “la música debe concebirse como un hecho social que es atravesado por diferentes dimensiones de la realidad, siendo finalmente el resultado de la convergencia de distintos factores, articulaciones y determinaciones”.<sup>1</sup> Me propuse entonces enfocarme al estudio de la realidad social que hace posible la creación y el mantenimiento de un género musical como el son arribeño.

Más que un estudio del género musical como tal, es un estudio del contexto y los procesos de socialización musical; una parte de éstos se ven reflejados en la formación de los músicos, pues según Ruth Finnegan el artista no crea la obra a través de un genio individual aislado de la sociedad, sino que este genio está íntimamente ligado al contexto donde el artista se ha desarrollado.<sup>2</sup>

A partir de estas ideas, decidí introducirme en el mundo del son arribeño, el cual cuenta con un área de influencia que abarca la llamada zona media de San Luis Potosí, el norte de Querétaro y la parte noreste del estado de Guanajuato. Estos dos últimos lugares forman la Sierra Gorda (queretana y guanajuatense).

En el estado de Guanajuato algunos municipios albergan este género musical, como Victoria, San Luis de la Paz, Xichú, Atarjea y San José Iturbide. De entre estos municipios se eligió Xichú por ser el que tiene una

\* Estudiante de Antropología Social en la Universidad de Guanajuato. [mon\_a18@hotmail.com]

<sup>1</sup> Gonzalo Camacho, “Más allá de las fronteras de la interdisciplina, transculturalidad y saber”, en Gonzalo de J. Castillo Ponce (coord.), *Cima y Sima: la acción multidisciplinaria en la musicología*, México, Plaza y Valdés/UAZ, 2004, p. 47.

<sup>2</sup> Ruth Finnegan, “¿Por qué estudiar la música? Reflexiones de una antropóloga desde el campo”, en *TRANS-Revista Transcultural de Música*, núm. 6, 2002, en línea [http://www.sibertrans.com/trans/trans6/finnegan.htm], consultada el 18 de febrero de 2008.

mayor presencia de este género musical y porque, según los informantes contactados, es ahí donde está más enraizada la tradición dentro del estado.

El trabajo de campo se desarrolló de septiembre de 2008 a mayo de 2009, realizando algunas entrevistas a profundidad, asistiendo a los festivales de importancia para la tradición que se llevan a cabo el 16 de septiembre y el 31 de diciembre, entre otros eventos como bodas y velaciones.

Hablar de Xichú es transportarse a un escenario distinto, donde todos los sentidos se ven colmados de belleza, la vista se recrea con los diversos paisajes que ahí se concentran. Andar los caminos de la sierra por la mañana, cuando aún la niebla cubre las altas montañas; y qué decir del anochecer, cuando el ambiente se torna festivo y a lo lejos se escucha el son arribeño, mientras unos desposados con su comitiva disfrutan de un baile de huapango, que terminará hasta la mañana del día siguiente.

El son arribeño es un género musical cuya pieza completa consiste en una poesía, un decimal y un son o jarabe para finalizar. No ahondaré más sobre las características especiales de cada parte de la pieza arribeña, debido a la extensión y el propósito de este trabajo.

El grupo de son arribeño se compone de un trovador o poeta, quien canta las poesías de su autoría, pero sobre todo improvisa versos referentes a lo que está pasando en el momento de su actuación, así como versos de bravata en un enfrentamiento contra otro poeta (esta habilidad es lo que le da prestigio); el trovador toca la guitarra quinta huapanguera, acompañado de un primer violín, un segundo violín y un vihuelero.

El son arribeño tiene dos vertientes: la vertiente secular que se identifica con los bailes de huapango o las "topadas" (enfrentamiento musical entre dos poetas), mientras la vertiente religiosa incluye las velaciones a las imágenes de los santos, así como la participación de los grupos de son arribeño en los velorios.

En el marco del V Foro Internacional de Música Tradicional, uno de los temas propuestos ha sido la



exposición de reseñas biográficas o aportaciones importantes que ciertos ejecutantes distinguidos han hecho a su tradición musical. Es entonces cuando se me dio la oportunidad de compartir las experiencias de vida de los músicos que han colaborado conmigo para la realización de la investigación.

Mi intención es dar a conocer la vivencia de algunos músicos que forman parte de la tradición, sin enfocarme en un solo sujeto, pues considero que la tradición no se ha mantenido por la acción de una o dos personas. Si bien es cierto que sólo algunos ejecutantes han logrado trascender las fronteras de lo local para dar a conocer esta tradición en otros círculos sociales, ayudando con esto al fomento de la música tradicional, dentro del municipio de Xichú, y a un nivel más extenso, dentro de la región de influencia del son arribeño, son todos los ejecutantes (y no ejecutantes, cabe mencionar) con rostros anónimos, y no tan desconocidos, quienes hacen posible que esta tradición continúe vigente y tenga relevancia dentro de la región. Esto es un pequeño homenaje a los músicos Ángel González, Gregorio Oviedo, Antonio Rivera, don Nicho, doña Cande, don Noé, Guillermo Guevara y Lola Tello, entre otras personas como don Pole Arvizu y doña Maura, habitantes de Xichú y fieles seguidores de la tradición.



Como ya se mencionó, una parte importante para la investigación era conocer el proceso de formación de los músicos, es decir, la forma cómo ellos se interesaron en el son arribeño y las distintas maneras de aprendizaje.

La semilla del interés hacia el género musical se desarrolla gracias al contexto musical que envuelve a Xichú. Algunos se interesaron en la música debido a que sus padres o algún familiar se dedicaban a ello; otros, aunque no tenían por vía familiar algún músico, sí tenían de manera cotidiana contacto con la música, gracias a los bailes o velaciones que se organizaban en sus comunidades. Al entrar en contacto con los músicos invitados despertaba en ellos el interés por la música.

Las formas de acceso al aprendizaje del son arribeño son variadas; sin embargo, hay una constante: la transmisión del conocimiento es de forma lírica. Ya sea que se aprendiera a ejecutar alguno de los instrumentos por vía paterna, por algún familiar, pagándole a un huapanguero por unas clases, o pidiéndole les aceptara como aprendices sin que les cobrara; otro método muy común es asistir a los bailes o velatorios y grabar la música, para después apoyarse en la grabación para conseguir la afinación correcta y reproducir los sones, valonas, polcas, jarabes, etcétera.

Actualmente hay una nueva forma de acceder al aprendizaje del son arribeño, pues en 1985 se formaron los talleres impartidos o promovidos por Guillermo Velázquez (integrante del grupo *Los Leones de la Sierra de Xichú*). El primer taller lo impartió Guiller-

mo Velázquez con ayuda de trovadores, violinistas y vihueleros de Río Verde. La Casa de la Cultura tomó el compromiso de seguir con estos talleres, en los que actualmente imparten clases quienes fueron los primeros alumnos del primer taller de son arribeño, donde se sigue el mismo sistema lírico de enseñanza.

Sea cual sea la manera como los músicos que han colaborado conmigo han llegado a ser huapangueros, consideran que ser músico es, más que un oficio, un destino, algo que ya les estaba marcado desde su nacimiento.

Ángel González, fundador junto con Guillermo Guevara, Mauro González y Mario González del primer grupo, llamado *Leones de la Sierra*, el 26 de octubre de 1975, y quien posteriormente formó con su hermano Mauro el actual grupo *Campesinos de la Sierra*, comentaba que su oficio de músico no lo heredó de nadie, incluso tuvo muchos problemas con su padre porque él no lo dejaba tocar, decía que ese era un trabajo de gente “huevona”, sin oficio, que eso no le iba a dar de comer.

Comenta que él perdió mucho tiempo, pues desde los ocho años pudo haber comenzado a tocar. Desde niño tenía sus ídolos en el huapango arribeño y don Guadalupe Reyes era uno de quienes lo motivaban, pues se había propuesto ser como él.

Lo conoció un día que fue a tocar a Xichú; cuentan los ancianos que don Guadalupe Reyes era como un mito, casi un dios, que cuando iba a tocar a los ranchos la gente se le dejaba ir encima.

A don Ángel le gustaba todo de él, sobre todo los temas que trataba y cómo los desglosaba con una facilidad sorprendente. Desde pequeño tenía el gusto por llegar antes de que los músicos comenzaran a tocar, debía llegar antes de que los músicos comenzaran a afinar sus instrumentos, porque su gusto era escuchar cuando empezaban a darle a la primera cuerda.

Yo desde chiquito yo me iba por allí no porque me dieran caldo o mole, yo me iba porque quería escuchar y hasta me hormigueaban las manos y yo quería que me prestaran una guitarra, pero no me la prestaban y ya ahora ven como tengo mis instrumentos, yo quería tocar, tenía la inquietud de tocar, tuve problemas con mi papá,

y es que veía que los músicos eran muy tomadores, flojos, mujeriegos y decía que yo iba a andar así de vago.<sup>3</sup>

Para don Ángel la música es tan cotidiana como el alimento, si no hay música no hay alegría, la música es todo. Él, como poeta de la tradición, tiene que ser muy sensible a todo ello, entender el lenguaje del entorno, comenta que si no puedes conectarte con todo eso difícilmente puedes vincularte con la magia, porque para él es una magia. Don Ángel cree que el músico ya nace con eso, él ya lo traía desde pequeño: “El que quiere ser músico y el que ya es músico son cosas diferentes, el que quiere ser se avienta años para ser un buen técnico en la música, la diferencia es que él no está conectado con la música, y el que no estudia y es músico es porque está conectado realmente, nosotros ya venimos con la música, ese es un regalo muy especial”.<sup>4</sup>

Al respecto del destino de ser músico, Guillermo Guevara, hablándonos un poco de su formación, comentó que él aprendió de forma lírica a tocar a los 15 años, con algunos maestros de Xichú y Río Verde, San Luis Potosí.

Don Guillermo tiene más de 40 años tocando y considera que ser músico era su destino, pues él soñaba sus composiciones; comenta que por las noches, cuando dormía, soñaba con algunas tonadas y al día siguiente las escribía, creando así algunos sonos y jarabes que forman parte de su repertorio. Considera que debe ser fiel a su destino y continuar con la tradición, que ya tiene mucho tiempo en la Sierra Gorda.

El compromiso es con la música de fundamento, como la llama don Nicho, un poeta de música de camarín (religiosa) quien también aprendió a tocar a los 15 años.

Por su parte, el trovador Gregorio Oviedo comenzó su carrera como poeta de son arribeño en 1985, en el primer taller que organizó Guillermo Velázquez. Don Gregorio sentía que ser músico era algo que Dios que-



ría que hiciera; no es que Él se lo dijera directamente, sino sentía que era algo que debía hacer, como su destino. Sin embargo, al igual que Ángel González, su padre no estaba de acuerdo porque prefería que se dedicara a algo más serio. Desde niño quería comenzar a tocar, pues le llamaba la atención la música, y cuando en el cumpleaños de su madre le llevaban música de huapango y él estaba por ahí, escuchando lo que decía el trovador, pero jamás se atrevió a decirle a su padre que él sentía la armonía dentro de sí. Comenzó entonces a tocar en los talleres a la edad de 20 años.

Don Antonio Rivera, violinista y poeta, al respecto comenta que él sí era hijo de un huapanguero, del violinista y poeta Bartolo Rivera, uno de los músicos más antiguos actualmente en Xichú. Cuando la niñez de su padre, no había más escuela que cuidar chivas y borregos, no había más en que ocuparse, pero había músicos y de ahí fue como a su padre le entró la espinita de ser músico, pues los escuchaba y le gustaba bastante lo que hacían.

Entonces a don Antonio le llegó el gusto a través de su padre, tampoco tuvo ninguna clase de escuela, sólo dos años de primaria. Desde los siete años se interesó en la música, su padre bajaba su violín y se ponía a tocarlo, mientras él lo miraba, fue así como de manera lírica, sólo escuchando aprendió él a tocarlo, y a los 15 años escribió sus primeros versos. Para aprender, fue escuchando y viendo a su padre sin pedirle nunca que le enseñara, pues tenía temor de que se negara y no le diera permiso de aprender.

<sup>3</sup> Entrevista a don Ángel González, agosto 2008.

<sup>4</sup> *Idem.*

Como podemos darnos cuenta, el contexto cotidiano es el que los hizo interesarse por la música de son arribeño; sin embargo, dentro de sí tenían un interés y, sobre todo, un don musical, como comenta don Noé, violinista del rancho Organitos, de Xichú: “le viene a uno una armonía desde que nace”.

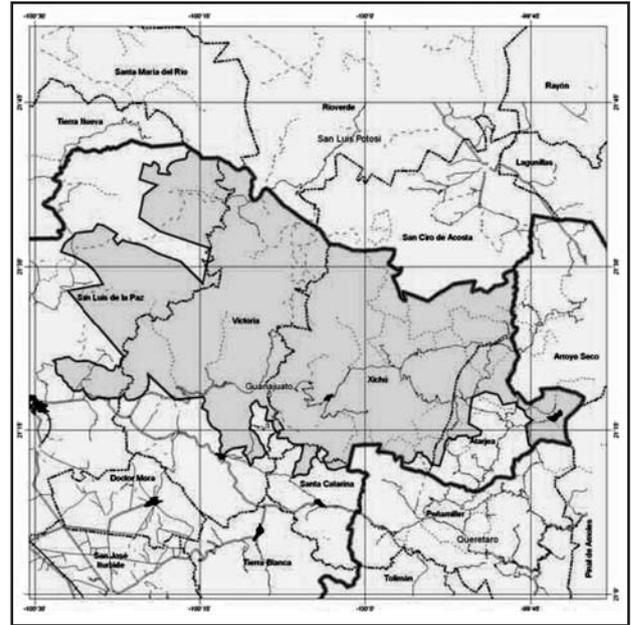
Mención aparte merecen las mujeres que han aceptado el destino de ser músicos, como la señora Lola Tello, quien también se formó en el primer taller de 1985. Antes de eso se declaraba ferviente seguidora del son arribeño y bailadora de dicho género. En el taller al que asistió, junto con Gregorio Oviedo, sólo había dos mujeres entre 60 talleristas.

Lola Tello escribía versos desde los 12 años, pero hasta los 36 entró al taller. Comenta que para una mujer es difícil tocar, por la fuerza que se requiere para hacerlo toda la noche.

Por otro lado encontramos a doña Cande, quien desde niña quiso tocar la guitarra, en ese momento su oficio era ser pastora. Recuerda que su abuelo fue músico y tenía un radio donde escuchaba música de huapango; a ella le gustaba que la mandaran a casa de su abuela por cualquier mandado, y entonces aprovechaba para escuchar unas tres canciones de huapango y después se iba.

Un día se le ocurrió comentarle a su mamá su inquietud y decirle que vendiera un borrego para comprar una guitarra; su madre se molestó y le dijo que estaba loca, que “cómo una vieja iba a tocar”. Sus hermanos también son músicos, ella les pidió le enseñaran, pero por diferentes circunstancias no pudieron y ella temía insistir. Fue hasta estas fechas que pudo realizar su sueño a través de los talleres de huapango que continúan hasta la actualidad.

Don Gregorio Oviedo comenta que en cuanto a la mujer es raro que quisieran trovar, y más raro aún ver a una mujer cantando, como que a la gente le parece raro y piensa que cómo una mujer va a ser trovadora o cómo va a andar con los músicos tocando. Sin embargo, comenta que el hecho de que no sea común no implica alguna imposibilidad para hacerlo. Incluso él, como maestro actual de los talleres de son arribeño, considera que la mujer tiene igual habilidad para la trova, y ve en sus alumnas más habilidades y disciplina



que en sus alumnos, aunque cabe mencionar que las alumnas son muy pocas respecto al gran número de hombres.

No podemos decir que el destino de ser músico sea algo exclusivamente varonil o que a las mujeres no les interese serlo, es más bien producto del mismo contexto en el cual están insertos los habitantes. Debemos tomar en cuenta que antiguamente el huapango tampoco lo bailaban las mujeres; según el cronista de Xichú, el señor José Tello, fue hasta la década de 1980 que la mujer comenzó a bailar el huapango, pues antes no era bien visto por los padres.

Y como vemos en los testimonios de los entrevistados, si fue difícil para algunos que sus padres les permitieran ser músicos, mucho más para las mujeres, pues era considerado un ambiente exclusivamente de hombres.

A pesar de que a los padres de los músicos les gustaba la música de huapango, el ambiente musical era estigmatizado por ellos, debido a la mala fama que tenía en aquella época.

Aceptar el destino de ser músico de son arribeño no es fácil, tienen que estar en un lugar y otro cumpliendo su compromiso, antes el desplazamiento era más complicado por la falta de caminos y transporte, algunos músicos comentan que pasaban casi todo el día caminando, y luego toda la noche tocando.

También se dice que no cualquiera es poeta, ser poeta implica muchas cosas, de las más importantes es



que cuentan con poco tiempo para sí mismos. Ángel González, por ejemplo, comenta que él se ha esforzado, porque ser músico no le impide hacer otras cosas, como cuidar su milpa. Recuerda el dicho de un poeta ya fallecido y que era muy famoso; decía que si quieres conocer la casa de un poeta, vete a la localidad donde vive y la casa más fea y jodida esa era la del músico, y su milpa era la más descuidada de todas.

Por otro lado, se tiene que luchar contra el factor “tiempo”, la fama no dura para siempre, los poetas pueden ser reconocidos por la localidad, pero poco a poco van siendo desplazados por los nuevos que van surgiendo.

Hay muchos poetas que actualmente están retirados y que su saber se va perdiendo porque no hay nadie que se preocupe por reconocer su trabajo, las libretas de poesías se van deteriorando o se pierden, pues no hay nadie quien las rescate, los informantes ven esta situación con tristeza.

El destino de ser músico está estrechamente vinculado con el campesinado, con la vida rural. Hasta la fecha podemos considerar que los huapangueros son campesinos, y todos ellos a través de las entrevistas realizadas consideran imprescindible el ser campesino para poder tener esa facilidad o ese don de tocar el son arribeño.

El son arribeño proviene de un ambiente campesino, rural. En las localidades del municipio de Xichú lo que prima es la agricultura de temporal y la ganadería, aunque se desarrollen otras actividades como la construcción y el comercio, el trabajo de campo es una constante. Muchos músicos que se han desplazado de sus localidades para vivir en la cabecera municipal (en la cual la dinámica es semirural y la gente se dedica al comercio más que a la agricultura), todavía conservan pequeñas parcelas o huertas, y siembran elotes para consumo propio. Es decir, aunque su actividad principal ya no sea la agricultura, siguen vinculados a la tierra mediante su historia personal y familiar, pues son hijos de padres campesinos.

El son arribeño ha trascendido el contexto rural para instalarse en ámbitos urbanos, aunque la experiencia se vive de distinta manera.

Se puede apreciar este género musical estando fuera del contexto, sin ser campesino, entender su lado esté-

tico, pero no podemos hacerlo nuestro si no entendemos su contexto, si no formamos parte de esta realidad.

Esto es palpable al asistir a una velación, parte fundamental de la tradición que sólo es compartida por los habitantes de Xichú. Se puede ir a observar, a documentar lo que ahí sucede, pero jamás se podrá entender por qué es tan importante para ellos algo que puede parecer aburrido para alguien que no entiende el significado profundo de la tradición más allá de la diversión de una topada o el regocijo de escuchar a un poeta denunciar cuestiones sociales o, como ellos dicen “hablar de actualidad”, es decir, comentar los acontecimientos locales o nacionales del momento, esto es sin duda parte importante de la tradición. Pero el asunto es más complejo y abarca más aspectos.

El trabajo en campo me ha mostrado que desde que se es pequeño, la música de huapango acompaña y forma parte de los recuerdos más gratos de los habitantes. El mantenimiento de la tradición se presenta por vía familiar a través de los abuelos y hermanos, así como a través del mismo contexto auditivo cotidiano.

Para los habitantes de Xichú que han sido informantes de esta investigación, la música es algo muy vivencial, se trae impregnada, forma parte de la identidad colectiva y personal. La música, en este sentido, es vehículo de identidad pero no una identidad impuesta o de simple discurso. No se habla del son arribeño como algo externo, fuera de uno mismo, sino desde dentro, se habla de él desde sí mismo como persona, como campesino, como serrano, la importancia que éste tiene en la vida diaria y en la construcción de una vida en conjunto, como parte de una misma tierra, una misma cultura.

Don Noé comentaba que la música de son arribeño es bonita, y se alegra de que la juventud se interese por ella, pues es el orgullo que tiene la región de la Sierra Gorda, la música, si no fuera por eso todo sería muy triste.

Ese sentido de arraigo por un conjunto de sonidos que no saben cómo explicar y lo resumen en “armonía de la sierra”, yo lo entiendo como el sonido o el espíritu (si se puede llamar así) que envuelve a la región, y que la ha envuelto desde hace años, el sonido del violín, la música de huapango, el son arribeño.